

Paso honroso. Homenaje al profesor Amancio Labandeira,
ed. Julio Escribano Hernández, Jerónimo Herrera Navarro,
Javier Huerta Calvo, Emilio Peral Vega
y Héctor Urzáiz Tortajada,
Madrid, Fundación Universitaria Española, 2010.

«Abrir un mundo nuevo», «Hacer sentir la belleza»:
Andrés Ovejero Bustamante
y la enseñanza del Arte y la Literatura*

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS
Universidad Complutense de Madrid

«**A** mi querido maestro don Andrés Ovejero Bustamante. Una conversación con Vd. me sugirió la idea de escribir este libro; recíballo ahora como un recuerdo de las horas de trabajo común transcurridas en su cátedra de la Universidad Central y como testimonio de sincera amistad». Con esta dedicatoria de su libro *Don Bartolomé José Gallardo y la crítica literaria de su tiempo* (Nueva York-París, 1921), basado en su tesis doctoral¹, Pedro Sainz Rodríguez (parece apropiado recordarlo aquí, en este merecido homenaje de la Fundación Universitaria Española al profesor Amancio Labandeira) hizo justicia con quien había despertado en él la pasión por los estudios literarios. Años después, en sus memorias, Sainz Rodríguez volvía a subrayar la profunda huella que su maestro había dejado en él y en sus compañeros como docente y como persona:

* Agradezco a Isabel Palomera Parra (Archivo General de la Universidad Complutense de Madrid), a Evelia Vega (Archivo del Ministerio de Educación) y a Beatriz García (Archivo y Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias) la ayuda prestada en esta investigación.

¹ Un ejemplar de la tesis doctoral de Pedro Sainz Rodríguez titulada *D. Bartolomé José Gallardo. Su vida y su obra*, leída en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en 1919, se conserva en la Universidad Complutense de Madrid (signatura T 5269).

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS

Creo que, si se interrogase a los alumnos de esta época, todos coincidirían en que el profesor que les había abierto un mundo nuevo, el que les había mostrado métodos de enseñanza inusitados y originales y el que más impresión había dejado en su sensibilidad y su formación fue, sin duda, don Andrés Ovejero. No por su gran cultura, ni porque hubiese realizado publicaciones importantes; la influencia de Ovejero era algo peculiar, personal, que nacía, por un lado, de su elocuencia y facilidad de palabra y, por otro, de su contacto con el alumno. Convertía su cátedra en una especie de laboratorio de ideas, muy diferente a la exposición rutinaria que es tan frecuente aún en la enseñanza superior².

Estas palabras de Sainz Rodríguez contrastan con el injusto olvido de la figura de su querido y admirado profesor. El hecho de que Andrés Ovejero Bustamante no fuera el autor de una obra crítica extensa en un sistema universitario que, siempre y por paradójico que parezca, ha definido la excelencia docente a través de las publicaciones es, sin duda, la razón primordial de este desconocimiento³. Hace poco, para

² Pedro Sainz Rodríguez: *Testimonio y recuerdos* (Barcelona: Planeta, 1978), pp. 40-41. El pasaje también lo recuerdan Mercedes Fernández Valladares en su artículo «Los estudios de Bibliografía», en *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República. Arquitectura y Universidad durante los años 30*, ed. Santiago López-Ríos y Juan Antonio González Cárceles (Madrid: SECC-Ayuntamiento de Madrid-Ediciones de Arquitectura, 2008), pp. 366-373 (p. 370).

³ Las publicaciones de Andrés Ovejero Bustamante de las que tengo noticia son: *Ensayos poéticos*, (Madrid: Tip. R. Angulo, 1887); *Teatro romántico español* (Madrid: Est. Tip. de R. Angulo, 1887); *Del humorismo. Discurso leído en el Ateneo de Madrid* (Madrid: Imp. Fund y Fáb. De tintas de los hijos de J. A. García, 1895); «Informes o testimonios», en Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo* (Madrid: Imprenta de los hijos de M. G. Hernández, 1902), pp. 578-584; «De la muerte de don Quijote», en *El Ateneo de Madrid en el III Centenario de la publicación de "El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha"* (Madrid: Bernardo Rodríguez, 1905) pp. 189-209; «El discurso de las armas y las letras», en *Conferencias en pro de Francia en 1916* (Madrid: Instituto Francés de España, 1916), pp. 191-223; Álvaro Pascual y Andrés Ovejero: «Familia, economía y cultura», en *El Evangelio de la República. La Constitución de la Segunda República comentada para niños* (Madrid: Instituto Samper, 1932), pp. 72-85; *Concepto actual del museo artístico. Discurso de ingreso en Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Recepción pública celebrada el día 14 de junio de 1934* (Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1934); «Benavente y los niños», en *Homenaje a Benavente. Charlas realizadas en la semana homenaje al ilustre dramaturgo español D. Jacinto Benavente* (Valencia: Ateneo Popular Valenciano, 1938), pp. 69-83; «Castilla y el

poner fin a este silencio, junto con Marcos Roca Sierra he facilitado algunos datos de Ovejero como profesor de Literatura, datos complementarios a los aportados por María de los Santos García Felguera, quien se ha ocupado de sus clases de Historia del Arte, y a la semblanza que trazó hace tiempo su alumno Ramón Ezquerro Abadía⁴. Sirva este nuevo estudio, que amplía aquellas noticias, para seguir reivindicando a Ovejero como un innovador que en su magisterio oral daba vida al texto literario y a la obra artística, y como un docente de genuina vocación que inspiró a generaciones de estudiantes.

Andrés Ovejero Bustamante, nacido en Madrid el 13 de marzo de 1871, cursó Filosofía y Letras y Magisterio en la capital de España⁵. A lo largo de su vida compaginó su vocación por la enseñanza con la periodística (colaboró con *El Globo*, *Revista Política Ibero-Americana*, *Diario Universal* y *El Socialista*) y con la política. Tras pasar por el Partido Radical, se afilió a la Agrupación Socialista Madrileña en 1914, al enterarse, según confesó, del asesinato de su maestro Jean Jaurès. Participó en numerosos congresos del PSOE y llegó a ser diputado provincial en las elecciones de 1919 y diputado a cortes por Madrid capital durante la Segunda República en 1931. Como par-

mar: en el milenario de Castilla», *Verdad y vida*, 5 (1944), pp. 195-204; «Iconografía del trabajo en la pintura española», *Revista de Trabajo*, 1945, pp. 263-278; «La visión artística de África», *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, 6 (1948), pp. 137-153; *Isabel I y la política africanista española. Estudio de la reina católica en el marco de la tradición española de África*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1951; «Cisneros en África. Conferencia pronunciada en el Instituto de Estudios Africanos el día 11 de enero de 1950», *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, 16 (1951), pp. 31-51.

⁴ Marcos Roca Sierra y Santiago López-Ríos, «Los estudios de literatura hispánica», en *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República*, pp. 344-365 y María de los Santos García Felguera: «Los estudios de Historia del Arte», en *ibidem*, pp. 430-434. Véase también Ramón Ezquerro Abadía: «Un antiguo profesor: Andrés Ovejero», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 18 (1981), pp. 521-532.

⁵ La mayoría de los datos que se aportan de la vida de Ovejero están extraídos de sus expedientes conservados en: Archivo General de la Administración caja 32/16164-3; Archivo Central del Ministerio de Educación, caja 92662-15; Archivo General de la Universidad Complutense de Madrid (AGUCM) P-630,54 y caja 108/08-16.

lamentario en la etapa republicana, formó parte de la Comisión de Instrucción Pública. Perteneció, igualmente, a la Comisión Ejecutiva del PSOE, en la que ocupó diversos cargos. Se dio de baja en el partido en 1934, oponiéndose a la revolución de Asturias⁶.

Por lo que respecta a su faceta docente, una Hoja de Servicios suya, datada el 15 de septiembre de 1935, indica que fue profesor de Historia de las Bellas Artes en la Escuela de Institutrices (1894-1895 y 1895-1896), profesor de Gramática y Literatura en la Escuela Normal Central de Maestros (1899-1900) y catedrático numerario de Lengua y Literatura en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Cádiz (1901-1902)⁷. Esta experiencia le debió de facilitar el acceso a la cátedra de *Teoría de la Literatura y de las Artes* de Madrid en 1902. Asimismo, desde 1914 desempeñó por acumulación la cátedra de *Literatura Española. Curso de Investigación*, que había dejado vacante por renuncia Ramón Menéndez Pidal. En 1935 Ovejero ocupó, también por acumulación, la cátedra de *Literatura Hispanoamericana*⁸. Impartir tanto clases de Literatura como Arte le permitió contemplar ambas disciplinas de forma interrelacionada, de tal manera que su análisis de textos literarios se enriqueció de comparaciones en el terreno del arte y viceversa. Su actividad en el Ateneo de Madrid (donde asumió la responsabilidad de secretario primero de la Sección de Literatura) y sus viajes de estudio al extranjero (fue pensionado de la JAE en 1911-1912 en Italia, Bélgica y Holanda, y en 1928 estuvo en Argentina y Uruguay) contri-

⁶ Hay abundantes referencias a la faceta política de Ovejero en Aurelio Martín Nájera: *El grupo parlamentario socialista en la Segunda República: estructura y funcionamiento* (Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 2000), vol. II, pp. 980 y 1397 y en *Diccionario biográfico del socialismo español* (<http://www.diccionariobiografico.org/>), s.v. Andrés Ovejero Bustamante.

⁷ AGUCM, caja 108/08-16. Ramón Ezquerro (p. 522) apunta que fue profesor de Bachillerato en Puerto Rico antes de 1898 y lo recuerda también Pilar Parra Garrigues: *Historial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid (ensayo bio-bibliográfico)* (Madrid: Universidad de Madrid, 1956), p.336, pero este dato no se menciona en su Hoja de Servicios.

⁸ Orden del 25 de septiembre de 1935. Véase Archivo Central del Ministerio de Educación, caja 92662-15.

buirían a ampliar sus horizontes⁹. La de Ovejero era, en definitiva, una mirada a la Literatura y al Arte que transcendía el dato erudito, al entenderlos como parte de Historia de la Cultura; una mirada fruto de múltiples lecturas y expuesta con una gran facilidad oratoria:

Él —dirá Pedro Sainz Rodríguez de Ovejero— no se circunscribió a enseñar teoría de la literatura, ni tampoco teoría de las artes; lo que hacía era explicarnos una historia del arte comentada, poniéndonos en contacto vivo con las obras de arte y habituándonos a analizar las reacciones que nos causaba la contemplación de la belleza artística. (...). En realidad, Ovejero no era un investigador de la literatura; lo que hacía era comentar un libro, una monografía sobre cualquier tema histórico literario; él no se había dedicado a la investigación y difícilmente podría enseñar lo que ignoraba¹⁰.

La trayectoria de Ovejero como profesor podría dividirse en tres etapas, coincidiendo con el devenir de la institución a la que pertenecía: 1) docencia en San Bernardo, antes del traslado de la Facultad a Ciudad Universitaria (1902-1933); 2) docencia en Ciudad Universitaria (1933-1936); 3) docencia durante la postguerra.

La situación que atraviesa la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en los primeros años del siglo XX no constituye precisamente un momento de esplendor. Las pésimas instalaciones en el centro de Madrid, oscuras y ruidosas, se correspondían con un sistema de enseñanza anticuado, basado en un mero aprendizaje memorístico; profesores —salvo honrosas excepciones— escasamente preparados, y alumnos desmotivados. Se trata, en suma, de una Universidad entendida como oficina administrativa de expedición de títulos, en la cual, para colmo, la Licenciatura en Filosofía y Letras estaba desprestigiada socialmente. “Aquel medio punzaba”, diría Américo Castro, una de las voces que más protestó contra aquel estancamiento¹¹. El mismo Ovejero se quejó

⁹ AGA, caja 32/16164-3 y expediente en el Archivo de la JAE (Residencia de Estudiantes, Madrid).

¹⁰ Pedro Sainz Rodríguez: *Testimonio y recuerdo*, pp. 40-41.

¹¹ Véase Santiago López-Ríos y Juan Antonio González Cárcelos: «Agustín Aguirre López y Manuel García Morente: la arquitectura de un ideal universitario», en *La Facultad de*

en alguna ocasión de no haber podido dar sus clases de Historia del Arte porque no funcionaba el proyector de cuerpos opacos¹².

En San Bernardo, Ovejero, que compaginaba sus cátedras con una intensa dedicación a la política y a la divulgación¹³, tuvo estudiantes que luego destacarían en diversas áreas: Antonio García Bellido, José Gavira, Emilio García Gómez, Pedro Sainz Rodríguez, Eugenio Frutos, Ramón Iglesia, Vicente Llorens, Ramón Ezquerro Abadía, Javier Sánchez Cantón, Rafael Lapesa...¹⁴ Algunos de ellos han dejado emotivos recuerdos de aquellas clases. Sánchez Cantón —lo ha citado ya María de los Santos García Felguera en un valiosísimo estudio— esbozó una bella y sentida descripción de cómo era Ovejero enseñando Historia del Arte por aquellas fechas:

Allí, sin mesa, en pie, generalmente ante la pantalla de proyecciones, daba clase D. Andrés a un número variable de alumnos y oyentes, más crecido siempre y más heterogéneo que el que escuchaba a otros profesores. Atraían y desconcertaban la novedad y extrañeza en los modos de aquella cátedra. Comenzaba el curso por una detenida confesión de la historia escolar, de las lecturas predilectas y de los gustos artísticos de los alumnos, comentada por el profesor con bromas y sugerencias que abrían surcos, con frecuencia fecundos. Después, las explicaciones desligadas, digresivas, aparentemente no sujetas a plan, iban rasgando luces sobre un panorama lleno de sorpresas a quienes venían de un bachillerato rutinario, ciego aun hoy, para las maravillas de las artes plásticas... El pasado artístico español, que daba contenido tangible y actual a la historia, aprendida según fórmulas muertas y vacías; las primeras noticias sobre el mundo wagneriano; los nombres de Nietzsche, Schopenhauer, Tolstoi y Ruskin sonando a diario en nuestros oídos; la asistencia al Real...; las visitas a los Museos; las clases

Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República. Arquitectura y Universidad durante los años 30, pp. 2-8 y en el mismo libro el artículo de Elena Hernández Sandoica: «La Universidad de Madrid en el primer tercio del siglo XX», pp. 42- 57.

¹² Véase expediente de Ovejero en AGUCM, 108/08-16.

¹³ Ramón Ezquerro ha comentado las «innumerables conferencias y en los cursos o charlas dadas también asiduamente a obreros y a un público más general.» Véase Ramón Ezquerro Abadía, pp. 523-524.

¹⁴ Sobre el ambiente estudiantil de la Universidad en San Bernardo, véase Julio Escribano Hernández, *Pedro Sainz Rodríguez, de la Monarquía a la República* (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1998), pp. 38-45.

en el jardín de la Universidad; las excursiones a Toledo..., una revelación para los alumnos y una revolución en los hábitos universitarios de la época. Sin tesis doctoral, sin texto –el *Apolo* de Reinach para remediar vagos-, nuestro espíritu sufría embates que obligaban a reaccionar a diario para vibración constante de la sensibilidad y su mejor gimnasia. ‘Curso perdido’, lamentaban quienes no habían podido sacar unos apuntes ordenados para el examen. ‘Curso aprovechado e inolvidable’, habrán pensado muchos de ellos después¹⁵.

Por su parte, Rafael Lapesa presentó a Ovejero como una de las excepciones de aquel páramo intelectual y evocó su sensibilidad literaria:

La inanidad cultural de esta sucesión de enseñanzas gramaticales mondas y apresuradas se compensaba en parte gracias al catedrático de Teoría de la literatura y de las artes, don Andrés Ovejero; su rico caudal de lecturas y su gran capacidad de síntesis le permitían ganar el interés de sus oyentes con inesperados panoramas, brillantes parangones y una oratoria que, no obstante su teatralidad, ganaba adeptos a la historia de las ideas y hacía sentir la belleza, tanto artística como literaria. El curso que dedicó a Cervantes en 1925-26 fue inolvidable; y no sólo porque nos hizo leer toda la obra cervantina y ahondar en sus problemas, sino porque en relación o en contraste con ella nos despertó el afán por conocer la de Shakespeare, Goethe, Dostoyewsky, Ibsen, Galdós, Nietzsche y tantos más¹⁶.

Al lado de estas semblanzas, quizás no esté de más recordar lo anecdótico de Ovejero; es decir, su aspecto y comportamiento un tanto extravagantes:

Ovejero era algo bajo, regordete, de aspecto sanguíneo, de andar apresurado, con la cabellera algo larga. Su clase era casi completamente decimonónica. Peroraba con facundia, inagotablemente, con elocución castelarina, en forma grandilocuente, retórica, con latigillos y tópicos preestablecidos muchas veces, con entusiasmo real o preparado y con dos muletillas repetidas copiosamente: «exactamente» y sobre todo «verdad, verdad». Se cuenta que en ocasiones se hacía apuestas sobre cuántas veces profería «verdad» y también que, entera-

¹⁵ Véase Francisco Javier Sánchez Cantón: *Contestación al discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Andrés Ovejero* (Madrid, 1934), pp. 128-129, citado en María de los Santos García Felguera, «Los estudios de Historia del Arte», p. 432.

¹⁶ Rafael Lapesa: «Recuerdo y lección del ‘Plan Morente’», en *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República*, pp. 670-679; la cita en p. 672.

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS

do de ello, un día se contuvo y se abstuvo de soltar la muletilla durante toda la clase y que al final, la dijo tres veces y añadió «impares ganan». (...). La hora oficial de clase eran de once a doce de la mañana, pero él hacía poco caso de las prescripciones oficiales; llegaba cerca del mediodía o después y prolongaba la clase a su arbitrio hasta que juzgaba que podía darla por terminada. Siguiendo la boba rutina del reglamento, el bedel —el simpático y ya bastante mayor Cubo, muy popular entre los estudiantes— «daba la hora» cuando el reloj señalaba las doce, a sabiendas de que don Andrés no hacía el menor caso de tal formulismo. A veces explicaba en un museo y entonces casi no había límite horario para su conclusión¹⁷.

Sin embargo, con su particular forma de romper con las convenciones, Ovejero también consiguió innovar la docencia universitaria. Fundamental fue para él salir del aula e impartir clase en los museos de Madrid (Museo del Prado, Arqueológico, Reproducciones Artísticas), que conocía a la perfección¹⁸. A Ramón Ezquerro se le quedó grabado cómo «en el patio romano del Arqueológico, una mañana invernal en que estábamos allí solo los alumnos leyó la *Oración sobre la Acrópolis* de Renan, a raíz del centenario de su nacimiento, lo que no dejó de molestar a algunos alumnos piadosos». Además, aparte de visitar los museos madrileños, Ovejero realizaba viajes de estudio con los alumnos. Ramón Ezquerro ha recordado uno inolvidable a Toledo, donde llevó a sus estudiantes «a Santo Domingo el Real para ‘oír’ el silencio y los cánticos de las monjas a medianoche»¹⁹. Dicho discípulo ha comentado con precisión cómo se realizaba Ovejero en estas excursiones:

Él reconocía su inferioridad en el terreno de la ciencia, ya que era un brillante —y eficaz— divulgador, y así, ante sabios maestros como Tormo o Gómez Moreno callaba modestamente, pero al encontrarse solo, por ejemplo en una excursión, soltaba el chorro de su elocuencia que complementaba en otras facetas las doctrinas de aquéllos y volvía comprensible y hacía sentir la obra de Arte que se contemplaba. Pues,

¹⁷ R. Ezquerro Abadía, pp. 522-523.

¹⁸ Fue vocal de la Junta Nacional del Tesoro Artístico y del Patronato del Museo del Prado. R. Ezquerro, p. 522.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 524 y 526.

repito, que sabía hacer comprender y sentir la belleza y abarcaba numerosos temas con sus digresiones y fecundas y sorprendentes sugerencias, frases lapidarias y conceptos y comparaciones hábilmente acuñados²⁰.

El traslado de la Facultad de Filosofía y Letras al moderno y llamante edificio de Agustín Aguirre en la Ciudad Universitaria de Madrid en 1933, con el trasfondo de la Sierra de Guadarrama, y en el que hasta se había previsto una sala de exposiciones, debió de suponer un estímulo para un profesor para el que «la incitación a apreciar la belleza y a suscitar fervor por el Arte fue un auténtico apostolado»²¹. Eran todavía los primeros años de la República, y alguien que había sido diputado socialista en las Cortes Constituyentes y muy interesado en las innovaciones pedagógicas de la Escuela Nueva, vería con ilusión los cambios en la Facultad que propugnaba el decano Manuel García Morente, tan influido por las ideas de la Institución Libre de Enseñanza²². Con la referencia del modelo de Universidad pensado por Ortega y Gasset, y respaldado por intelectuales de la talla de Américo Castro, García Morente fue el promotor de un nuevo plan de estudios, que se estrenó con el traslado al nuevo edificio, un plan de estudios en el que desaparecían los exámenes por asignaturas con el fin de que la Facultad dejase de ser una mera oficina administrativa de expedición de títulos:

[los exámenes por asignatura] convertían la Facultad en una oficina administrativa, donde lo importante era la matrícula, el examen a fin de curso y los requisitos para la obtención del título. La enseñanza se limitaba a la adquisición de unos pocos conocimientos –generalmente memorísticos– necesarios para cumplir decorosamente en el acto del examen. El estudiante no sentía estímulo para llevar a cabo una labor

²⁰ Ibidem, p. 525.

²¹ Son palabras de R. Ezquerro Abadía, p. 523.

²² Para lo que sigue, véase *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República. Arquitectura y Universidad durante los años 30*, especialmente los artículos de Santiago López-Ríos y Juan Antonio González Cárcelos: «Agustín Aguirre López y Manuel García Morente: la arquitectura de un ideal universitario», pp. 2-29 e Isabel Pérez-Villanueva Tovar: «El plan de estudios de García Morente: cultura y humanidades», pp. 192-209.

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS

propia. El profesor, soberano de su cátedra, tenía sometidos a los estudiantes y les entregaba como pasto un libro, unos apuntes, o en el mejor caso (éste era el caso de nuestra Facultad), sus explicaciones orales. El alumno oficial se matriculaba, asistía dócilmente a clase, y al cabo de unos años, sin esfuerzo, pero también sin hondo interés, adquiría cómodamente el título apetecido. Salía de la Universidad, para no volverla a pisar más²³.

Suprimidos estos exámenes (fue la primera Facultad española en hacerlo), se establecían dos pruebas de conjunto, una a mitad de la carrera y otra a su término. La asistencia a clase era voluntaria y los estudiantes elegían libremente sus materias, lo que obligaba a los profesores a «conquistar a diario su autoridad y prestigio y conservarlo mediante continuo esfuerzo al servicio de la enseñanza». Así – continuaba Morente– «el estímulo es para todos, maestros y discípulos, en auténtica colaboración espiritual»²⁴. La preocupación básica del Decano era el cambio del sistema de enseñanza y, en este sentido, no ponía ningún reparo a aquellos compañeros que decidieran dirigir su carrera académica hacia la docencia. Hay unas palabras de García Morente al respecto que parecen escritas pensando en el catedrático de Teoría de la Literatura y de las Artes de su Facultad:

No quiero decir que todos los profesores deban ser a la par científicos de producción respetada. Se puede ser un excelente maestro, moviéndose en el terreno y la vocación puramente profesoral, sin orientar la propia actividad hacia la producción científica. Y se puede ser en la ciencia un laborioso y fecundo creador sin poseer la capacidad pedagógica, la «gracia» docente, el atractivo de la exposición viva, clara y seductora²⁵.

Por las guías de la Facultad de aquellos años, sabemos que la labor docente de Ovejero fue intensa. Desde el curso 1932-1933 hasta el

²³ Manuel García Morente: «La nueva Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria de Madrid», publicado originalmente en *Residencia*, 3 (1932), pp. 114-117, y recogido también en sus *Obras completas*, ed. Juan Miguel Palacios y Rogelio Rovira (Madrid-Barcelona: Fundación Caja de Madrid-Editorial Anthropos, 1996), pp. 348-353 (la cita en p. 350).

²⁴ *Ibíd.*, p. 351.

²⁵ Manuel García Morente: «La reforma de la Facultad de Filosofía y Letras», p. 346.

principio de la Guerra Civil, impartió clase de Historia del Arte, Historia de la Cultura, Historia de la Pedagogía, Literatura Española y Literatura Hispanoamericana²⁶. A juzgar por los testimonios de los alumnos, Ovejero logró en ciertas ocasiones esa «colaboración espiritual» estudiante-profesor soñada por el gran decano. Alonso Zamora Vicente ha evocado con hermoso estilo la «pasión» de este profesor, al que se le contemplaba «con simpatía, con una irrefrenable simpatía»:

Hay una clase a oscuras que nunca se ha tomado con la seriedad que corresponde. Porque es interesante, aleccionadora. Es Historia del Arte. Se queda ya muy atrás en el recuerdo: era de los estudios comunes, y nadie quiere recordar, nunca ya, esa época en la que no se sabe nada de nada y la Facultad lucha por el desasnamiento. Eclipse total y repentino. Va a funcionar el aparato de proyecciones. El profesor está totalmente ausente del auditorio: no le oye. Habla como a un público lejano, fiel, que sabe no le va a discutir. Esos alumnos se agolpan para entrar. Se conoce la pasión de este profesor, que es político militante y paradójico, y que, a cada convulsión social, dice monstruosidades contra todos los partidos. Hoy han quemado las turbas, en un pueblo que casi nadie conoce, un importantísimo monumento. El profesor atacará, sin duda alguna. Habrá gritos y acusaciones directas. Todo lo directas que permita la llamada libertad de cátedra. Ruido, gritería casi. En lo oscuro, unas fotos de la iglesia atacada hablan calladamente. Y él no dice nada. Tan sólo: «Esto era así. Y ya no es.»

Después nos han dicho, lo hemos leído, que ha hecho una pública declaración de su postura confesional, amarga, tremenda, escalofriante. Contrición admirable por lo sincera y humilde. Su vida, que ya era insignificante, comienza a tener aire de poema para los jóvenes. Por lo que tiene de personal lección. Se le mira con simpatía, con una irrefrenable simpatía. De esta clase, siempre llena de auditorio, se sacaba una ininterrumpida visión de tierras y arte españoles, calurosamente expuestos. De la anécdota del día, vista con la poca claridad del alumno sin preparación, se ha salvado para siempre una manera de ver el

²⁶ Con justicia, puede considerársele uno de los impulsores de los estudios de Literatura Hispanoamericana en la hoy llamada Universidad Complutense de Madrid. Bajo su dirección, por ejemplo, Antonio Rebolledo leyó su tesis doctoral en 1934 sobre las *Fuentes de inspiración y estudio crítico de «El periquillo Sarniento», novela picaresca mexicana de José Joaquín Fernández de Lizardi*. Un ejemplar de esta tesis se conserva en la Universidad Complutense de Madrid (Unidad de Tesis) bajo la signatura T 28333.

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS

arte desde dentro. Encajados en una tradición y en un lugar históricos, sin frialdades eruditas. Emoción, sentimiento y aguda gracia para compartirlos era la clase de don Andrés Ovejero.

Ahora, ya perdidos en el tiempo, recordamos con cariño renovado a Andrés Ovejero. Y le evocamos en sus mañanas del Museo, donde las ideas se vierten generosamente, se derraman mejor, y le vemos al sol tibio de febrero, en su abrigo generoso también, enorme, al socaire de los cedros señoriales, Paseo del Prado adelante, luchando con su oído, llevando con frecuencia la mano a su sombrero. ¿Quién no conoce en Madrid a Ovejero? A él, el hombre, no a sus libros, que no le importó no hacerlos, ni a su ciencia, que no le preocupó estereotipar en documentos, no. Él, el hombre Andrés Ovejero²⁷.

El texto de Zamora Vicente deja entrever hasta qué punto la Segunda República debió de ser un período de sinsabores para Ovejero. Como para tantos intelectuales, a los primeros tiempos de ilusión siguieron otros de hondo pesimismo ante una tensión y violencia social cada día más acentuada. Para Ovejero fue dolorosísimo contemplar la destrucción del patrimonio artístico español como consecuencia de los ataques a iglesias y conventos. Por ello, no extraña que, en 1934, el mismo año que ingresa en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, se diera de baja en el Partido Socialista totalmente desencantado con los desórdenes de la revolución de Asturias. En la declaración jurada con motivo de su proceso de depuración llegó a apuntar la idea de preparar un libro «sobre la enseñanza durante el proceso revolucionario y especialmente sobre el vandalismo artístico durante los últimos Ministerios de Instrucción Pública y Bellas Artes»²⁸.

Con todo, ni siquiera este clima de tensión disminuyó el entusiasmo con el que Ovejero se volcaba en su docencia. El escritor chileno Luis Enrique Délano lo definió como «un erudito que sabía mucho de muchas cosas», entregado a sus estudiantes: en 1936 prometió a los

²⁷ Alonso Zamora Vicente: «Ciudad Universitaria, 1935», en *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República*, pp. 739-740.

²⁸ Véase declaración jurada de Andrés Ovejero Bustamante con motivo de su expediente de depuración, 14 de abril de 1939. En AGA, 32/16164.

autores de los mejores ensayos sobre Bécquer un viaje a Sevilla para leer los trabajos junto a la estatua del poeta, proyecto que frustró la guerra²⁹.

Lo que no deja de parecer extraño es el hecho de que Ovejero no fuera al crucero universitario por el Mediterráneo organizado por la Facultad en el verano de 1933³⁰. Quizás dificultades económicas, la enfermedad de su mujer (que estuvo ingresada y necesitada de cuidados médicos toda su vida) o su particular personalidad sean la explicación³¹.

Por lo demás, ni el cambio de edificio ni la transformación de la Facultad ni los nuevos tiempos alteraron el estilo docente inconfundible ni el carácter y aspecto excéntricos de Ovejero, comentados en sus memorias Julián Marías, uno de los alumnos más destacados de la Facultad de Morente:

De Historia de la Cultura se encargaba D. Andrés Ovejero Bustamante, que recordaba a veces ser de la familia de un Venerable Bustamante, que nunca supe quién fue. Era uno de los hombres más pintorescos que he conocido. Bajo, grueso, decididamente feo, sordo, vehementemente, apasionado, retórico. Era diputado socialista. Tenía una amplia cultura, no muy actualizada, y una vocación extraordinaria; se entusiasmaba, declamaba, nos mostraba las obras de arte —más aún

²⁹ Luis Enrique Délano: *Sobre todo Madrid* [1939], ahora en *Memorias. Sobre todo Madrid. Aprendiz de escritor* (Santiago de Chile: RIL Editores-Adica), 2004, pág. 204.

³⁰ Sobre este tema véase Francisco Gracia Alonso y Josep Maria Fullola i Pericot: *El sueño de una generación. El crucero universitario por el Mediterráneo* (Barcelona: Ediciones de la Universidad de Barcelona, 2006) y Pilar Saquero Suárez-Somonte: «El crucero universitario por el Mediterráneo», en *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República*, pp. 530-549.

³¹ Ramón Ezquerro ha llamado la atención sobre el drama íntimo de Ovejero: «Me refirió una persona amiga de Ovejero y que lo conocía bien que arrastraba sobre sí una tragedia. Se casó con una joven, en una época en la que los noviazgos estaban muy vigilados y restringidos y, al iniciar el viaje de novios, se dio cuenta de que su mujer estaba enajenada y su familia había pensado librarse así de ella. Pudo hacer anular el matrimonio como se lo aconsejaron, pero caballerescamente se negó y eso explica quizá sus rarezas y lo irregular de su vida.» Ramón Ezquerro, p. 528. En la declaración jurada con motivo de su depuración (14 de abril de 1939) Ovejero explica que su mujer estaba enferma y llevaba en una casa de salud desde hacía veintiocho años (AGA, caja 32/16164). Es posible que este drama personal explique también que Ovejero no fuera un prolífico investigador.

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS

después, en su cátedra de Historia del Arte— y nos hacía verlas; se conmovía con la «Oración sobre la Acrópolis» de Ernest Renan, o con Ruskin. Sus cursos eran desordenados, con programas que iban cambiando y nunca cumplía, pero estimulantes y fecundos. Lo recuerdo con afecto y gratitud. Como era sordo, lo sobresaltaban los ruidos; cuando el bedel abría la puerta y decía: «Señor profesor, la hora», se estremecía, se irritaba porque la clase tenía que terminar y hacía casi greguerías: «Los bedeles son relojes en dos pies». Sus frases, siempre de protesta, eran famosas: «Estamos en el plan quinquenal del desorden universitario»³².

Lolita Franco, la futura esposa de Marías, transcribió estas frases en un documento verdaderamente delicioso titulado «Vocabulario de Ovejero»³³, que encaja a la perfección con la anécdota que de este profesor cuenta Ángela Barnés:

Entre nuestros profesores recuerdo al Sr. Ovejero, verdadero sabio que nos daba unas clases maravillosas sobre el Acrópolis, o algo similar en importancia, o llamaba al bedel para ponerle verde, o, si no, a algún alumno que no hubiera estado acertado en su contestación. Así discurrían sus clases. A mi padre le invitó un día a conocer su biblioteca y se encontró con una habitación cruzada por cuerdas de tender paralelas, con algún cuadernillo colgado con unas pinzas formando un techo bajo cientos de libros tirados en un rincón. «Mire usted, de cada libro no saca usted más de dos o tres cuadernillos originales e intere-

³² Julián Marías: *Una vida presente* (Madrid, Alianza Editorial, 1988), I, pp. 99-100. Más adelante en sus memorias, vuelve a hablar del personaje. «Ovejero volvió a ser profesor mío, ahora de Historia del Arte. Nos dictaba programa sobre programa, y yo anotaba en mi cuaderno, por ejemplo: «Cuarto programa incumplido de Historia del Arte». Pero nos enseñó no poco, con gusto y entusiasmo, lejos de ese tipo de taxonomistas del arte que ha llegado a ser tan frecuente. Ante el retrato de Isabel Clara Eugenia, en el Prado, entornaba los ojos y decía: «Sinfonía en gris menor». Nos llevó a Toledo, nos enseñó muy bien edificios y pinturas. Era distraidísimo: para salir del claustro de San Juan de los Reyes dio tres vueltas, con el grupo de estudiantes detrás, porque se pasaba de la puerta. A un alumno a quien creía reconocer de otro curso le preguntó: «Usted ¿es el mismo o es su hermano?» Al final del curso, me dijo: «Siento que haya sido usted alumno mío este año». Me quedé un poco perplejo; en seguida añadió: «Sí, este año no se ha trabajado como se hubiera debido». Y concluyó: «Usted me entiende. Y si no me entiende, es que me he equivocado»». *Ibidem*, p. 116.

³³ Hay reproducción facsímil del «Vocabulario de Ovejero» en Marcos Roca Sierra y Santiago López-Ríos: «Los estudios de Literatura Hispánica», pp. 350-351.

santes. ¿Para qué conservarlos?» En fin, sería largo contar más anécdotas suyas³⁴.

Y en la misma línea está el divertido retrato que de Ovejero hizo su alumna Carmen Parga:

... de entre todos [mis profesores] recuerdo de una manera muy especial al inefable don Andrés Ovejero. De él se decía que tenía en su despacho un tendedero con una pinza para cada tema del programa. Todo lo que encontraba útil para una lección lo ponía en la pinza correspondiente y llegaba a clase cada día con un montón de papeles en su mano: una hoja arrancada de una revista, unas frases apresuradamente escritas en el dorso de una nota de tienda, etc. etc. Cubría su abultado abdomen con un chaleco lleno de manchas y de restos de comida. Se sentaba en la primera fila una compañera, mayor que la mayoría, ya conocida como periodista, que al calor del afán de la cultura imperante, había ingresado en la Facultad. Ella, con mucha gracia, transmitía a los bancos posteriores las noticias: comió fideos, comió patatas, arrancó una hoja de un libro, etc. Un día, saliendo de clase, a un limpio y reluciente pasillo, comentó tristemente: aquí Ovejero terminará muriendo por asepsia. Anécdotas aparte, era un excelente maestro y gracias a él adquirimos conocimientos de la historia, del arte y de la cultura universal, básicos para nuestra formación. Ideológicamente era para mí un enigma. Se declaraba socialista, pero era un nacionalista intransigente, lo que en aquel momento en que el “nacionalismo feroz” era bandera de la “derecha feroz” parecía entrar en contradicciones. Podríamos decir que en su alma se debatía ya la tragedia que nos iba a arrastrar a todos³⁵.

El estallido de la Guerra Civil sorprendió a Ovejero en la capital. Según narra en la declaración jurada con motivo de su expediente de depuración fue «detenido por las milicias de la CNT en Madrid y librado del ‘paseo’ por la rápida intervención de un comandante de seguridad amigo»³⁶. Consiguió pasar a Valencia, donde el gobierno re-

³⁴ Ángela Barnés: «Recuerdos de mi Facultad en su 75 aniversario», en *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República*, pp. 644-649, la cita en p. 648.

³⁵ Véase Carmen Parga: *Antes que sea tarde* (Madrid: Compañía Literaria, 1996), pp 51 y 54. Otros estudiantes no guardan tan buenos recuerdos de las clases de Ovejero. Así, nos lo transmite Rosario Baños (comunicación personal, 2008) o María Ugarte («Una formación para una vida», en *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República*, p. 719).

³⁶ Declaración jurada con motivo de su expediente de depuración, AGA caja 32/16164.

publicano le declaró jubilado forzoso (22 de enero de 1937), contra lo que protestó, por lo que ello significaba de desafección al régimen. Alguna actividad de divulgación de la cultura debió de desarrollar en el Ateneo Popular de Valencia, a juzgar por alguna de sus publicaciones³⁷. Poco más sabemos de Ovejero durante la Guerra Civil. Por lo visto, estando en Valencia se quejaba con «amargura vivísima» de que se había utilizado su biblioteca particular para construir un parapeto en el frente³⁸, el mismo destino, por cierto, que tuvieron los libros de su Facultad³⁹.

A pesar de su trayectoria política, el hecho de que abandonara el PSOE en 1934, sus creencias religiosas, su indiscutido españolismo y su significada defensa del patrimonio artístico de la Iglesia evitaron que fuera represaliado como tantos de sus compañeros. Sin embargo, al acabar la Guerra, Ovejero ya es mayor y no desarrollará una gran actividad docente en la Universidad franquista, a la que se entregaba en cuerpo y alma ante la comisión depuradora:

Si reingreso en mi cátedra, al reanudar las excursiones con mis alumnos por la España gloriosamente tradicional y progresiva iremos en peregrinación expiatoria ante los templos derruidos por los puños en alto a proclamar, con el ademán noble y apaciguador de la mano abierta del saludo nacionalista, el «Arriba España» de nuestra educación nacional⁴⁰.

Sabemos que el 7 de diciembre de 1939 se le autorizó a «organizar durante el curso 1939-1940 un laboratorio de Teoría e Historia del

³⁷ Andrés Ovejero Bustamante: “Benavente y los niños”, en *Homenaje a Benavente. Charlas realizadas en la semana homenaje al ilustre dramaturgo español D. Jacinto Benavente* (Valencia: Ateneo Popular Valenciano, 1938), pp. 69-83.

³⁸ Véase la noticia publicada en *El Pueblo* (Valencia) el 22 de diciembre de 1938, p. 1. Agradezco el dato al profesor Daniel Marías.

³⁹ Sobre la fortuna de la biblioteca de Filosofía y Letras durante la Guerra Civil, véase Marta Torres Santo Domingo: “Los libros de las bibliotecas forman magníficas barricadas”, en *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República*, pp. 584-599.

⁴⁰ AGA 32/16164. Julián Marías en sus memorias recuerda cómo Ovejero acudió a la primera misa de Manuel García Morente, cuando éste se ordenó sacerdote, y cómo recibió la comunión. Julián Marías: *Una vida presente*, I, p. 310.

Arte en el que sea objeto de especial investigación la Historia de las ideas estéticas en España e Italia durante el siglo XIX»⁴¹, aunque poco tiempo tuvo para desarrollar estos nuevos proyectos, pues se jubiló como catedrático de Universidad el curso siguiente, el 13 de marzo de 1941⁴². Sus servicios al Estado le fueron reconocidos por el nuevo régimen con la Medalla al Mérito en el Trabajo, en su categoría de plata, de primera clase (Orden del 15 de octubre de 1945; BOE del 25 de octubre). Con todo, los últimos años de Ovejero no debieron de ser fáciles, afectado cada vez más por la sordera y problemas económicos, a los que pudo hacer frente gracias a un pequeño trabajo en la Escuela de Capacitación Social de Trabajadores en el barrio de La Guindalera, de Madrid, adonde se trasladó a vivir⁴³. Fueron años en los que, por otro lado, vieron la luz algunas de sus publicaciones y en los que también desempeñó el cargo de bibliotecario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. A su muerte, acaecida en Madrid el 31 de enero de 1954, sus libros sobre temas hispanoamericanos pasaron a la biblioteca de su Facultad⁴⁴.

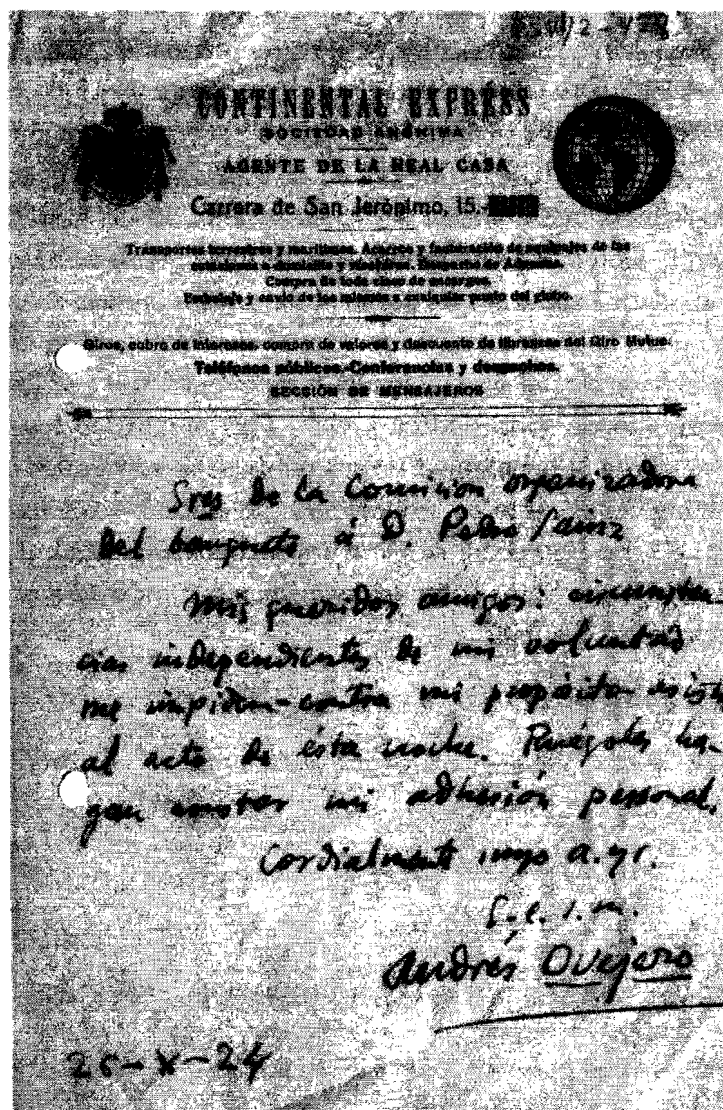
⁴¹ Expediente de Andrés Ovejero Bustamante, AGUCM 108/08-16.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ Para los últimos años de la vida de Ovejero, véanse las interesantes noticias que oportunamente facilita María de los Santos García Felguera, p. 434.

⁴⁴ Véase Pilar Parra Garrigues: *Historial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid (ensayo bio-bibliográfico)*, p. 336.

SANTIAGO LÓPEZ-RÍOS



Carta de Andrés Ovejero Bustamante, disculpándose por no poder asistir a un banquete homenaje a Pedro Sainz Rodríguez. 26 de octubre de 1924. Archivo Pedro Sainz Rodríguez, Fundación Universitaria Española.



Este libro se terminó
de imprimir el día
29 de abril de 2010
festividad
de Santa Catalina de Siena

